

## De ceguerras y ansiedades

José L. Villacañas Berlanga

A propósito de F. I. WETZ, *Hans Blumenberg. La modernidad y sus metáforas*. Edicions Alfons el Magnànim. Traducción de Manuel Canet, Valencia, 1996.

La muy precisa, elegante y pedagógica introducción al fascinante pensamiento de Hans Blumenberg que ha realizado Wetz viene a llenar un vacío en la filosofía española que se hace penoso. De la obra de Blumenberg en traducción directa no tenemos en España sino un par de muestras, muy limitadas y parciales: *Naufragio con Espectador* y *La inquietud que atraviesa el río*, en cierto modo su continuación más irónica, ya más referida al presente, y por eso más increíblemente deliciosa todavía. Pero sus grandes obras están por llegar al público hispanohablante. Dudo, sin embargo, que lleguen algún día. El traductor de unos de sus libros al italiano, y uno de los más fáciles, desde luego, *La realidad en la que vivimos*, me decía enojado: «Jamás traduciré a Blumenberg. No hay oro en Italia para compensar ese trabajo». A pesar de toda su maldición, Il Mulino, un verdadero faro para la cultura europea que se alza bajo este símbolo nuestro, quijotesco, desde Bologna, ya ha traducido sus grandes obras: *Trabajo sobre el Mito*, *La Legibilidad del Mundo*, *Tiempo de la vida y tiempo del mundo* y *La pasión según Mateo*. Otra editorial ya ha editado su monumental *Legitimidad de la Modernidad*, de la que también hay una edición en Harvard. El traductor de esta obra, que ha trabajado de manera impecable en su versión, ha dado una muestra de su altísima valía, no sólo como traductor del alemán, sino como hombre de cultura. Al brindarnos esta magnífica versión del libro de Wetz, le debemos nuestro agradecimiento.

Por eso este librito es pertinente. Porque dudo que algún día una editorial española se haga cargo de una obra tan fascinante y compleja como la de este semi-judío de Lübeck, esta paisano de Thomas Mann, que ha pensado como nadie en esta segunda mitad de siglo la aventura del hombre moderno. Pero mientras tanto, Blumenberg debe ser un elemento incuestionable en

nuestras coordenadas culturales y, si no lo puede ser por la puerta grande, quizás debamos propiciar al menos que lo sea por la puerta chica de este librito. En nuestra cultura filosófica, dominada por personajes tan prolíficos como manieristas, anclados en una repetición permanente de sí mismos, finalmente potenciada por una recepción tan mediocre como superficial —no hay nada peor que los jefes de fila españoles de los diferentes *ismos* de la filosofía mundial— Blumenberg sería un aire fresco de sutil erudición, de variado estilo, de plural temática, de austero y profundísimo aliento ético. Así que a lo mejor hay suerte y este libro mueve voluntades más allá de estas pequeñas obras y por fin nos ponemos en camino de enmendar una injusticia. Con toda franqueza, que Habermas esté traducido hasta en los borradores preparatorios de la *Teoría de la acción comunicativa*, y lo que es peor, que incluso todo Apel se pueda leer en castellano, cuando bastaba con traducir las quince primeras páginas de su obra central, mientras Blumenberg resta sin acceso al público de habla hispana, es una de las pruebas más innegables del pésimo gusto que rige en la vida cultural española.

¿Cuál es, por dejar de ser polémico, la tesis central de esta obra, recientemente cerrada por la muerte? Creo que se puede describir de esta manera: la base más profunda del malestar en la existencia, del malestar en la cultura del que ya hablara Freud, reside en que las propias herramientas con las que el hombre aspiró a la omnipotencia le traen permanentemente la más precisa noticia de su impotencia. De tal manera que ni puede prescindir de aquellas herramientas, ni puede evitar su efecto terrible y desolador. Esta contradicción es la modernidad, y por eso, la tensión que produce es insostenible y se manifiesta como la inquietud —otros llamaron angustia— que atraviesa el río de nuestra vida histórica, que constituye el fondo de nuestra vida histórica, y que nos impulsa a procesos y fenómenos preocupantes y quizás catastróficos.

Naturalmente, Blumenberg está hablando del ansia del hombre moderno, unos de los sentimientos que emergen directamente del inconsciente. Sin embargo, nuestro autor ha elaborado todo un discurso filosófico destinado a reducir justamente el malestar en el que nuestra cultura nos sitúa. Ahí ha roto con toda la metodología del psicoanálisis, pero para llegar a las mismas metas: la serenidad del hombre ante su existencia. Cuando al final de *La inquietud que atraviesa el río* se enfrenta Blumenberg a la figura de Heidegger, casi un chamán, casi un impostor, dice: «A mí me gustaría saber lo que se contará en el próximo milenio sobre la muerte y las últimas palabras de Heidegger y de sus secuaces y no tendría nada que objetar a que se hiciera un concurso destinado a inventar propuestas para fundar la tradición.

Escucharía con gusto estas últimas palabras si una indiscreción privada me las comunicase. Pero no me ha llegado nada. Y entonces: uno que se había afligido tanto con el asunto de la analítica existencial no menos que, luego,

por la cuestión de la esencia del fundamento, ¿qué puede haber dicho en el momento postrer? Contando con la mejor evidencia, ¿qué debió decir? Quizás: *Kein Grund mehr zur Sorge*», lo que quiere decir «No hay ningún motivo para estar ansioso», pero también, «no hay fundamento alguno para la *Sorge*», para la inquietud, para ese dolor que parece atravesar realmente el limo del río de nuestro vida.

Mas hay que trabajar mucho sobre uno mismo y sobre la vida para llegar a este resultado irónico. Aquí, el fondo del asunto es ese «mehr», que indica que bajo ciertos supuestos sí hay fundamento para el ansia, que la hubo, aunque ahora, al final de la obra del filósofo esté disuelta. Ese trabajo es sobre todo, por decirlo con el título del más fundamental de los libros de Blumenberg, el trabajo del mito. Ya se puede suponer que se trata de encarar el problema de la muerte, hasta ahora entregado, no se sabe bien por qué, en monopolio exclusivo a la teología. Blumenberg ha buscado la palabra del filósofo, como Sócrates, como Epicuro, ante la muerte. Y cree que esa palabra sólo puede emerger si realmente se ha disuelto el ansia filosóficamente o mitológicamente. Aquí las dos actividades son en esencia la misma.

Pero ni la filosofía ni el mito fueron las potencias dominantes del mundo moderno. Y éste es el asunto central del problema de aquella ansiedad moderna, cuya historia nos ha contado Blumenberg en la *Legitimidad de la modernidad*. Al final de la edad media, el problema de la muerte sin salvación recorrió los espíritus europeos de una manera angustiosa. Max Weber lo ha estudiado a su manera, con el asunto de la afanosa búsqueda de una *certitudo salutis*. La certeza gnóstica de que el mundo era un inmensa cloaca infecta, obra de un dios vengativo, aburrido u olvidadizo, se abrió camino entre los hombres. Huizinga nos ha entregado el cuadro más soberbio de la época, en su *Otoño de la edad media*. Demasiado consciente de que la magia de los expedientes tradicionales no lo reconciliaba con la muerte, el hombre premoderno cayó víctima de la más absoluta melancolía. En ella reinó hasta entrado el siglo XVII: Hamlet, que surge en escena en 1602, es el retrato del nuevo héroe. Este hombre sabía que existía la salvación, pero había perdido todos los caminos que llevaban hasta ella. El poder de la muerte, entonces, fue omnipresente.

Freud había estudiado al ser humano primitivo como entregado a un sentimiento profundo dominante: el de la omnipotencia de la realidad que humilla toda aspiración humana. En cierto modo, tras el mensaje cristiano, con sus promesas, la humillación que la realidad lanzaba sobre el hombre era intolerable. Así que la reacción contra aquella melancolía, contra aquel desconcierto, aquella incertidumbre, aquella edad de la ansiedad, sólo podía proceder del único estrato cultural del que emergía algún sentido de dignidad humana: del cristianismo. Este paso se puede ver muy claramente en Durero.

Muy consciente de que el Renacimiento era una nostalgia inviable en el nuevo mundo germánico, sensible al gnosticismo de Lutero, entregado a la melancolía de la nueva época, encuentra el venero más glorioso de su arte justo en aquella autoafirmación gloriosa del más impresionante de los autorretratos modernos. Un análisis iconológico mínimo muestra cómo Durero se dibuja a sí mismo justo con aquella sublimación con que la tradición había dibujado a Cristo. El artista, el creador, el sujeto activo, ahora encuentra en sí la dignidad del Hombre-Dios y frente a la omnipotencia de la realidad opone la omnipotencia del propio hacer.

Bacon es el autor fundamental en *La legitimidad de la modernidad*. Pues él por primera vez supera aquella melancolía de su viejo amigo Shakespeare mediante la autoafirmación que busca metódicamente la omnipotencia humana. Él por primera vez asume el reto de reconstruir el paraíso con las fuerzas humanas de la ciencia y la técnica. Él por primera vez alcanza la tesis nominalista más básica según la cual *verum est factum*, con la que el hombre se ve a sí mismo creador. El gnosticismo se acaba. La melancolía se disuelve: ya no se suspira más en esta tierra infecta por el mundo distante, de plena espiritualidad, del que realmente procedemos. Ahora pertenecemos esencialmente al mundo que construimos con nuestra voluntad. No es una secularización, es un rechazo de toda legitimación tradicional e incluso de toda exigencia externa de legitimación. La voluntad del hombre es la fuente última de legitimidad. Nietzsche, la voluntad de un poder omnipotente plenamente autoconsciente, es más bien una vuelta al inicio de la modernidad.

Pero este viaje vino motivado por la inquietud que atraviesa el fondo de la historia, por la inquietud de la muerte sin salvación. Así que para plantar cara a esta amenaza se debía aspirar a la omnipotencia. La herramienta que debía asegurar el triunfo sobre la muerte, ese regreso al paraíso, era la ciencia. De ahí la agitación, el ansia. Pues por mucho que Descartes prometiese la inmortalidad tan pronto se conociera la máquina del hombre, por mucho que esta promesa se transformara en la felicidad para todos, en el progreso ininterrumpido, en una sociedad sin clases, en una nación maternal y acogedora, etc., la omnipotencia de la realidad seguía imponiéndose, sin que la ciencia natural, social, política o económica nos haga omnipotentes.

Al contrario: la ciencia, conforme se extiende, nos descubre que somos objetivamente insignificantes, puntos perdidos en cosmos infinitos, a la deriva, como ya nos veía Pascal. Los nuevos descubrimientos nos muestran a las claras la tensión entre un tiempo del mundo infinito y la brevedad del tiempo de la vida. Odo Marquard ampliará este horizonte, volviendo a nuestro Séneca y a su *de vita brevis*. La economía nos descubre que cuanta más bienes producimos, menos los disfrutan. La política, que cuanta más administración,

menos libertad. De ninguna de estas cosas podemos prescindir, pero todas ellas nos traen frutos negros, bien distantes de los que preveíamos, y por eso son incapaces de disolver la ansiedad.

La cuestión es que la modernidad hasta el presente es víctima de una equivocación, de un error lamentable. Cuando las formas teológicas de neutralizar a la muerte fracasaron, el hombre quiso responder esa cuestión humana personal y filosófica con procedimientos espurios, autoafirmativos y voluntaristas: la ciencia, la economía, el Estado o el arte; o bien excepcionales, como la mística o el fanatismo de todo tipo. Así se veló ante sí mismo el origen de su inquietud y todo lo que producía el hombre con su hiperactivismo no hacía sino mostrar más su propia impotencia, su fracaso y así producía más inquietud. De esta forma, su tensión permaneció multiplicada e inconsciente. Pero si adoptamos la relación del filósofo clásico —estoico o epicúreo— ante la muerte, o la actitud del mito, entonces la inquietud de origen desaparece y no hay fundamento para el ansia. Entonces, lo que es más importante, dejamos de sublimar la ciencia, la política, la estética o la economía y las miramos como aspectos parciales que son bienes en la medida en que sean limitados y ocupen su lugar parcial para reducir nuestros sufrimientos concretos: ya no son bienes magnificados con los que intentar curar el hecho de existir, la estupidez de la existencia.

Estar ciegos acerca de sí mismo es el fondo último del sufrimiento inasible del hombre. Cuando penetramos en el origen último de la confusión, cuando asumimos la imposibilidad de la omnipotencia humana, cuando rebajamos las expectativas que milenios han dejado sobre nosotros, entonces ya no hay motivos de inquietud. Ciertamente que los deseos son baratos, tan baratos como la imaginación, y también es verdad que no todos serán cumplidos. Pero la renuncia, la única divisa verdaderamente ecológica, es un procedimiento consciente de humanizarnos. De otra manera seguiremos ciegos y ansiosos.

Blumenberg, que era muy aficionado a las fábulas, nos ha propuesto un texto que es la fábula más completa del hombre moderno. Nos habla de la capacidad de producir sufrimiento que posee el hombre que no quiere ver claro acerca de sí mismo. Ustedes, aunque la calidad de la traducción no es ni de lejos la de D. Manuel Canet, la pueden leer en *La inquietud*, en la edición española, en su página 136-8, y como otras muchas veces procede de una cita de Thomas Mann —basta recordarle al traductor de Península que la Katia citada en el texto no es la señora Katia, sino la esposa de Thomas Mann—. Pero dejemos esto. Se trata de una historia, dice el autor, «miserablemente cómica» que siempre recuerda cuando oye hablar de antisemitismo. Procede, ¿cómo no?!, de la Alemania de 1933. «Era una asociación de ciegos de guerra, los cuales, para honrar la doctrina nacional-socialista, manifestaron su

deseó de excluir de forma inmediata a todos los hebreos que formaban parte de ella. ¡Se puede imaginar algo más grotesco que estos hombres que, con sus órbitas vacías y las pupilas blancas y muertas, gritaban desde el fondo de su noche a la noche de los otros: quitaos de en medio, hebreos!» Las fábulas no siempre tienen una moraleja, a veces tienen varias. A veces, como ésta, son tan breves que son la moraleja misma. A Blumenberg, creo, le hubiera gustado acabar este pequeño homenaje vinculando el sentido de su obra, la búsqueda de la claridad sobre sí mismo del hombre moderno, con el sentido de esta pequeña historia de su paisano Thomas Mann sobre la inquietud de la ceguera.

## INFORMACIÓN PARA LOS AUTORES

RES PUBLICA edita trabajos sobre historia y presente de los conceptos políticos de las distintas culturas occidentales, inspirados en cualquiera de las tradiciones metodológicas vigentes. Nuestra revista atenderá con especial interés los trabajos que, dotados de una perspectiva europea, nos propongan materiales correspondientes al pensamiento político español y latinoamericano.

Los trabajos que se envíen a *Res publica* deberán llegar por duplicado, en formato DIN A4, a doble espacio y con una extensión máxima de 20 folios. Asimismo deberá adjuntarse un formato electrónico en Words-Window. Será imprescindible para su consideración la inclusión de un resumen de su contenido en castellano e inglés de no más de 100 palabras.

Aunque *Res publica* acepta artículos escritos en cualquier idioma europeo, los editará traducidos al castellano.

El sistema de notas será el tradicional europeo, y deberán ordenarse en una única serie a pie de página. La forma de citar será según el modelo siguiente:

Libros: M. WEBER, *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, p. 185.

Artículos: G. DUSO, *Historia de los conceptos y filosofía política*, en *Res publica* 1 (1998), p. 35.

Colectivos: M. SCHÖN, *Gustav Schmoller and Max Weber*, en W. J. MOMMSEN and J. OSTERHAMMEL (eds.), *Max Weber and his Contemporaries*, The German Historical Institute. Unwin Hyman, London, 1987, pp. 59-71.

Todos los artículos no solicitados serán leídos por expertos en la materia, que informarán sobre la pertinencia de su publicación. Los originales deberán remitirse a

José Luis Villacañas Berlanga

Revista *Res Publica*

Universidad de Murcia. Departamento de Filosofía.

E-30071 Murcia

España

Correo electrónico: Villacanasjl@iglobal.es

# RES PUBLICA

*Revista de la historia y el presente de los conceptos políticos*

---

## SUSCRIPCIONES

Precio de la suscripción anual (2 números) al año: 2.500 pesetas

Precio especial para estudiantes: 2.000 pesetas. Es necesario adjuntar una fotocopia del resguardo de matrícula

Precio del nº suelto en librerías: 1.500 pesetas

Las suscripciones deberán enviarse a

DIEGO MARÍN

C/ Merced, 25

Telfs.: 968 24 28 29

968 20 14 43

968 23 75 78

Fax: 968 23 96 15

30001 Murcia (España)

<http://www.ddnet.es/diegomarin>

e-mail: [marindie@mail.ddnet.es](mailto:marindie@mail.ddnet.es)

[marindie@mur.hnet.es](mailto:marindie@mur.hnet.es)